

Don Esteban Pichardo nació en Santiago de los Caballeros (República Dominicana) en 1799, pero sus padres emigraron a Cuba en 1801, y en Cuba vivió hasta su muerte (1879). Era un infatigable obrero de la cultura y un perfecto autodidacta, que se afanó durante más de cincuenta años por enaltecer los estudios geográficos y lingüísticos en Cuba; con ser su *Diccionario* una obra de tantos merecimientos, la que mayor prestigio le valió fue la *Gran carta geográfica de Cuba* (1854).

La Academia Cubana de la Lengua ha tenido el acierto de iniciar su *Biblioteca de filólogos cubanos* con una nueva edición de este *Diccionario*, agotado hacía ya casi medio siglo. Otro acierto es el haberla encomendado al doctor Rodríguez Herrera, quien ha desempeñado su tarea de manera pulcra y meritoria. En la extensa introducción nos ofrece primero una Vida del autor y luego un detenido análisis del *Diccionario*. Explica el contenido de la obra, estudia con esmero la peculiar ortografía empleada por Pichardo y considera los aspectos fonéticos y lingüísticos relativos a las variantes que el castellano ha sufrido en Cuba. Pero la parte más provechosa de su tarea —y la más ardua— consiste en los miles de notas que ha añadido al léxico registrado por Pichardo. Muchísimas de ellas fijan o aclaran el alcance de los vocablos, otras añaden acepciones no incluidas en el original, y no pocas rectifican el contenido semántico que el autor atribuyó a las voces. Además, el editor suele transcribir textos de autores cubanos en apoyo de sus interpretaciones.

Esta quinta edición resulta, pues, enriquecida con la magna contribución del doctor Rodríguez Herrera. Lo que es de lamentar es que no se haya procurado poner al día el indispensable glosario de Pichardo. Desde 1875, fecha de la cuarta edición, el español de Cuba se ha enriquecido con infinito número de frases, giros y vocablos que han adquirido carta de ciudadanía y circulan en Cuba con carácter permanente, como valores específicos que matizan y dan originalidad al peculiar modo expresivo del pueblo. Este acervo lingüístico, tan abundante, gráfico y novedoso, tiene derecho a que se le tome en cuenta, sobre todo en un diccionario de cubanismos. Pero la labor es ímproba, y acaso la Academia Cubana no se encuentre en condiciones económicas y técnicas de acometerla por el momento. Esperemos que algún día se realice. Mientras tanto, hay que agradecer a la ilustre corporación el que nos haya dado una nueva y excelente edición del *Diccionario provincial*, obra de la cual no puede prescindir ninguna biblioteca sería ni nadie que se interese por la cultura hispanoamericana.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

HORACIO JORGE BECCO, "*Don Segundo Sombra*" y su vocabulario. Ediciones Ollantay, Buenos Aires, 1952; 161 pp.

Esta segunda edición, notablemente ampliada, aparece como homenaje del autor a Ricardo Güiraldes al cumplirse los veinticinco años de su muerte. En el librito se agrupan cuatro breves ensayos, cada uno de los cuales estudia un aspecto del lenguaje literario del novelista argentino. En el primero de ellos ("El mundo de la metáfora") se ordenan brevemente las imágenes güiraldianas relativas al cielo, la madrugada, la ma-

ñana, el atardecer y la noche. El autor no estudia tales metáforas, sino que se limita a transcribirlas así agrupadas. Algo más personal nos parece el ensayo segundo, "Los árboles y la fauna general", que va seguido de un vocabulario ordenado alfabéticamente. No obstante, el capítulo de interés mayor es el tercero, donde se clasifican y comentan las "Expresiones y giros idiomáticos". Por último, el autor se refiere, de manera muy breve, a los "Antecedentes españoles en nuestra lexicografía gauchesca". Una bibliografía y un índice de palabras completan la obra.

Voluntariamente, el autor ha fijado límites al campo de su investigación, cosa que no refleja el título del libro, demasiado ambicioso. No es el vocabulario de la novela lo que el autor quiere estudiar, sino sólo dos partes concretas y determinadas: los vocablos relativos a la fauna y flora, y las locuciones y giros idiomáticos. Bastante completa nos parece la primera parte (que corresponde al ensayo segundo del libro), pero la siguiente está hecha en forma un tanto desordenada y caprichosa. Un método más riguroso y preciso subsanaría fácilmente las anomalías que nos vamos a permitir señalar.

En el tercer capítulo se intenta ordenar alfabéticamente las expresiones usuales entre los gauchos, no el total de su vocabulario ni las peculiaridades fonéticas de su habla. Por ello nos extraña que, confundidas con esas expresiones ("andar de florcita", "bajar los cueros", etc.), aparezcan voces que son simples variantes fonéticas, comunes además a muchas regiones de habla española —*juera* (p. 109), *cuantimás* (p. 91), *endenantes* (p. 101)—, o bien vocablos como *sentada*, *duro*, *cangrejales*, etc. En cambio, sólo con espigar en las citas de Güiraldes que el autor hace en el ensayo inicial para proporcionar ejemplos de metáforas, encuentra el lector bastantes palabras desusadas y numerosos argentinismos que no figuran en el vocabulario, aunque se trata de voces menos usuales y conocidas que algunas de las estudiadas por el autor. En este mismo capítulo tercero aparecen diversas construcciones de interés puramente sintáctico (no exclusivas del habla gauchesca, por cierto), como *mal que mal*, *más nada*, *¿cómo no!*; es de lamentar que Becco no haya recogido las demás peculiaridades sintácticas del habla argentina (*encima nuestro* se encuentra en una de las citas de la p. 16).

Simplemente los breves ejemplos de metáforas que da el autor proporcionan material suficiente para hacernos pensar que la lista de expresiones y giros, parte fundamental del libro, tampoco es completa. En efecto, entre los pasajes citados se encuentran locuciones como *andar de a pedacitos* (p. 20) y *a lo chanco* (p. 58), que no se recogen en su lugar.

La bibliografía es incompleta, ya que faltan trabajos tan importantes como los de Castro, Coluccio, algunos de Malaret, Moya, Ryan, Vergara, Solá, A. Alonso, y muchos diccionarios hispanoamericanos. La bibliografía correspondiente a los dos últimos ensayos es en verdad curiosa, puesto que, para documentar los modismos argentinos, el autor se sirve de obras clásicas (el *Lazarillo*, las *Novelas ejemplares*, etc.), pero olvida la mayoría de los diccionarios dialectales publicados en España.

JUAN M. LOPE